

Hicimos nuestros aprestos al siguiente día, y en la noche nos dirigimos á despedirnos de M. Cupples.

La noche estaba oscurísima; aunque en la calle principal habia algunos billares y *bar-rooms* con luz, al torcer para la casa del doctor se veía negro el horizonte y flameando debilísimo el gas de los faroles, entre el ramaje de los árboles.

Penetramos por el jardín como en excursion misteriosa; tanto así era el silencio que por todas partes reinaba.

Tocamos la puerta; un criado diligente nos abrió y subió con nosotros la escalera.

En la casa se nos esperaba: el saloncito estaba iluminado, la luz que salía de las ventanas resbalaba en los profusos cortinajes de enredaderas del corredor.

Katy y su mamá, despues de saludarnos, sirvieron el café, como de costumbre, diciéndome que el doctor estaba un tanto indispuesto.

La conversacion, con pretensiones de animada, caía en el silencio . . . y volvía trabajosa y como por llamaradas á encenderse, para agotarse de nuevo.

Al fin, la señora nos dijo que el doctor acababa de tener uno de sus terribles ataques del pecho que lo ponian á la muerte, y que aun no estaba fuera de peligro.

Katy lloraba, la señora hablaba de la diversion que se nos tenia preparada, y en la que habia puesto tanta diligencia el doctor, quien decía con mucha gracia, " que le habiamos llevado un cargamento de felicidad."

Ofrecimos nuestros servicios; no eran necesarios: Katy me presentó su álbum, y yo no sé qué escribí bajo la dolorosa impresion que me dominaba: puso en mis manos la

linda jóven una coleccion magnífica de poetas ingleses, en una lujosísima edicion.

Hondamente conmovidos nos despedimos Gomez del Palacio y yo de nuestros amigos, y cautos, silenciosos, conteniendo el aliento, comenzamos á bajar la escalera; ántes de tocar su término oimos un ruido, alzamos los ojos, y como un fantasma envuelto en su blanca sábana, sobre la que resbalaba la luz como en el mármol, apareció en lo alto de la escalera el doctor, que pálido, desencajado, saltó del lecho á darnos la mano de amigos de su corazon.

Las señoras le contuvieron, nosotros nos precipitamos para desaparecer; pero el doctor hizo un empuje y cayó cerca del término de la escalera, sacando por entre el barrantal su brazo descarnado, pero como de alabastro, y diciéndonos:

—Amigos, adios . . . mi D. Guillermo, adios . . . mucho feliz México.

La noche, la luz única, el cadáver viviente que me despedía, el lugar aquel tan poblado de recuerdos, la conmocion del gran corazon de Francisco, me hicieron una impresion terrible.

Llegamos al hotel: Francisco se encerró á muerte en su cuarto sin hablar palabra; á mí me ahogaba la congoja.

Saqué una mecedora al corredor, y allí permanecí como enajenado, como hundido en estupor profundo mucho tiempo.

—Oiga vd., M. Praits, me dijo un desconocido que estaba, como yo, en el corredor tomando fresco.

—¿Qué mandaba vd., caballero?

—Que vd. se va mañana, y que quiero vd. tome un trago

de esta cerveza, por Pancho y Manuelito que son muy queridos.

En efecto, era un jóven de la casa de Miguel y Juan Manuel Gonzalez que, como he dicho, fueron la providencia de los mexicanos que estuvimos en Texas en 1866.

Venciendo el estado de mi espíritu, entré al cuarto de Henry.

—Vd. alemana?

—No, Henry, bebo mejor la de San Luis. ¿De dónde viene vd. ahora?

—De la Laguna.

—Siempre el comercio.

—Sí, señor; pero ahora está perdido.

—¿Cómo hace vd. su comercio en la frontera?

—Yo de cualquier modo; pero en lo general es otra cosa.

—Veamos, cuénteme vd. algo, porque sabe que soy curioso.

—Pues otro trago, y abra vd. los oídos.

Los propietarios ó cultivadores de tierra de Texas tienen una manera de comerciar; otra los comerciantes extranjeros ó americanos no relacionados con México, y otra los rayanos ó comerciantes mezclados entre mexicanos y texanos.

De los primeros tiene vd. conocimiento por las noticias estadísticas, y ese tráfico está íntimamente enlazado con la activísima especulación de tierras, que asciende á millones, y que da el cimiento sólido de la propiedad á esa increíble inmigración que cada día se hace más importante, más rica y fecunda.

El solo cultivo del algodón bastaria para dar verosimili-

tud á esas trasformaciones casi instantáneas de desiertos en pueblos florecientes.

La vía férrea que une á Texas y sus puertos con el Sur y el centro de los Estados-Unidos, comunica preponderancia creciente á esa parte de la Union, desarrollándola en el sentido político y mercantil, de un modo que no me atrevo á explicar, porque Dios no me ha dado chirúmen para meterme en honduras.

Por ahora, y respecto de México, como para la comunicación fácil y barata tienen los pueblos americanos el ferrocarril, á él acuden para el cambio de sus productos; y por agua, con el auxilio de ese propio ferrocarril, estarán en comunicación con nuestras costas del golfo.

Los productores de Texas buscan sus mercados en el Norte y el centro de los Estados-Unidos, y esta asercion la puntualizan las tablas de su tráfico, y á esta clase me refiero respecto de los comerciantes no relacionados con México.

Es corto el número de comerciantes que solicitan efectos mexicanos para venderlos en los Estados-Unidos, y el tráfico, que no es muy cuantioso, consiste en pieles de chivo y lana en greña.

—Respecto de los rayanos, continuó el negociante, se toca la gran cuestion de contrabando, y eso tiene mucho que saber.

—Cabalmente es sobre lo que quisiera rectificar mis ideas, expuse yo.

—La cuestion de contrabando, siguió mi amigo, tiene tales proporciones, ha servido de muletilla ó comodín á tan encontrados intereses, se ha ligado á otros de un modo tan

extraño, que cuando se le dan soluciones sencillas, una especie de desencanto nos sobrecoje, y creemos parto de nuestra ignorancia la aclaración, sin ambages ni misterios.

Ante todo, es necesario fijarnos en la posición geográfica.

Las poblaciones mexicanas que están á la orilla del río, distan unas de otras, en sus cercanías á Matamoros, pocas leguas, como Reynosa, doce; Camargo, ocho; Mier, cuatro; Guerrero, trece ó catorce; pero aunque la distancia de unas á otras poblaciones es corta, el intervalo es de desierto cubierto de chaparros, de suerte que la vigilancia siempre es difícil.

De Mier á Guerrero hay doce leguas de desierto; de Guerrero á Laredo sesenta leguas, y de este punto á Piedras Negras, la misma distancia, poco ménos.

En esas cien leguas, que tienen de intermedio dos poblaciones aisladas, el río abunda en vados que se atraviesan á pié, á caballo, en carreta y como se quiere. ¿Qué costo no tendría el establecimiento de líneas de resguardo eficaces? ¿A cuánto ascendería el mantenimiento de cantones? ¿Cómo se haría eficaz un sistema de contraresguardos como los carabineros españoles, ó como las primeras líneas fiscales de Francia?

Al frente de cada población mexicana hay una población americana rodeada de rancherías, en donde pueden depositarse efectos que se sustraigan á toda inspección y hacerse impunemente el fraude.

El arancel americano permite el libre tránsito, por los Estados-Unidos, de los artículos que de allí y Europa van á consumirse á otros pueblos, y al atravesar la frontera, cu-

briendo toda responsabilidad con un certificado que acredite que han pasado el río.

A veces una misma familia ocupa localidades de uno y otro lado del río, sin que persona alguna extraña intervenga en sus tráficos.

Además de lo expuesto, hay hacendados de la frontera mexicana, que vienen muy frecuentemente á San Antonio á proveerse de efectos. A poca distancia del río están sus tierras, y en ellas el seguro contra toda pesquisa.

Algunas fuerzas militares, sin respeto y sin dependencia del Ministerio de Hacienda, pueden impunemente favorecer el fraude, y ya se ha dado caso de que el comerciante haya hecho sus ajustes dentro de un cuartel, teniendo con eso todo género de garantías.

Por otra parte, como ese tráfico clandestino protege muchos intereses y sirve de sostén á muchas personas, poblaciones enteras se alian á los contrabandistas, los amparan y ocultan, llegando al extremo de que los comerciantes de buena fé no encuentran sirvientes, porque todos sirven con más gusto y mayor lucro á los contrabandistas.

La falta de atención y la escasez de dotaciones á los contraresguardos, así como las circunstancias de emplearse personas que no conocen aquellas localidades, facilita la corrupción de los empleados, y así el fraude es mucho más seguro.

Ultimamente ha aparecido y se ha hecho sensible otra causa accidental, que es decisiva en materias de contrabando, y es la falta de puntualidad en las pagas al ejército que guarnece la frontera.

Remitidos los libramientos por el Ministerio de Hacienda,

los Jefes se ven precisados á descontarlos con pérdidas enormes; ¿y qué más motivo de desequilibrio y perturbacion que ese comercio?

—Por último, la existencia de efectos sin salida en los Estados-Unidos, con especialidad de tejidos de algodón, hace que los comerciantes americanos, urgidos por la realización, den sus efectos á un ínfimo precio, á veces con enormes pérdidas, y esto desequilibra todo cálculo y hace irresistible el contrabando.

—Por lo mismo, combinar la vigilancia con la baja del arancel, y por medio de un tratado hacer la vigilancia recíproca de las dos orillas del río, es el medio único de atenuar los males inmensos del contrabando.

—Bien parlao, dijo uno de los convidados, cebando su vaso de cerveza; pero si ahora están las cosas tan turbias mediando el desierto, más lo estarán con la inmigración: hay una sola línea de ferrocarriles que conduce más de treinta colonos diariamente.

—Eso, eso, dijo otro, mexicano por más señas; pero protegerá el Gobierno de los Estados-Unidos, les dispensará del pago de contribuciones, tendrá agentes y dirección, todo bien pagado y en regla.

—Nada de eso, dijo un Miguelito, listo como una avispa y que se había enriquecido haciendo de corredor en estos negocios; nada de eso, el Gobierno general no tiene que ver en estas cosas.

—El colono acude al Gobierno del Estado dueño de las tierras, se dirige al agrimensor, compra á treinta y dos centavos el acre, é inmediatamente y casi á la vez que construye su casa, siembra trigo, algodón, y plantea su cría de ga-

nado. Las harinas de Texas se consideran supremas y han merecido premio en la última exposición.

—Todo eso, interrumpió un viejo, depende de que aquí las aguas son abundantes y México tiene muy contados puntos en que puede hacer esas hazañas la colonización. De todas maneras, ella, al querer ó no, independiente de todo cálculo, tendrá que modificar el modo de ser de la frontera mexicana.

—Ayuda mucho al desarrollo prodigioso de Texas, la afluencia de comerciantes de los Estados del Norte y del N. O. que se instalan en éste.

Aquí se encuentra vd. poderosos capitalistas del Missouri, hijos del Norte: son los banqueros, y el tráfico con esos pueblos es cuantiosísimo. No hace seis meses, Fortworth apenas contaba tres mil habitantes, poco más: hoy tiene ocho mil.

Las orillas del Río Colorado rebosan en vida, Galveston es un puerto importantísimo, y á Austin no lo conocería vd.: teatros, colegios, iglesias, monumentos, paseos y mejoras, brotan como por encanto, procediéndose como por improvisaciones, de un modo que deslumbra y aturde.

—Entre tanto, Sr. D. Guillermo, me decía tristemente el viejo, si fuera vd. por donde transitábamos, en la ribera de San Pedro, ya ni las tristes barracas, ni los humildes corrales, ni los insuficientes antros en que vivían los mexicanos, han quedado en pié; y unos fragmentos de ranchería, unos residuos, es todo lo que queda de nuestra raza y de los señores de aquellas tierras.

Como el gravámen del impuesto se agrava á los terrenos cultivados, y los mexicanos están en la miseria, los remates

fiscales fungen de despojo y de confiscacion, y la ley es un instrumento terrible que consuma el robo con todas las fórmulas de la equidad y el bien.

Esta conversacion nos entristeció hondamente, y nos separamos silenciosos evitando cada quien la despedida.

XXIV

De San Antonio á Eagle Pass (Paso del Aguila).—Castroville.—Orvalde.—Blaskville.—Fort Clark.—Paso del Aguila.—Noche.—La patria.

DE SAN ANTONIO A PIEDRAS NEGRAS.

Es un huacal que de afrenta
Puede servir á los pollos,
Y no menciono á los cerdos
Porque ofendo su decoro.
Es una jaula á que falta,
Para ser jaula de locos,
Con su chicote un loquero,
El estanque y refectorio.
Ese horror de cuatro ruedas,
Ni es galera ni es birlocho;
Con terror le ve el viajero
Y las mulas con sonrojo . . .